

El hilo invisible

Un cuento sobre los vínculos que nos unen

MÍRIAM TIRADO

ilustraciones de Marta Moreno





Nura se estaba dando un baño. Le encantaba meterse en el agua y permanecer en remojo horas y horas, hasta que se le arrugaba la piel.

Había una serie de rituales que su madre y ella repetían a menudo, y uno era que la madre le enjabonaba el cuerpo mientras le decía: «Ahora vamos a dejar estas piernas bien limpias para que puedan correr y saltar muy alto. Y estos piecillos muy bonitos para que puedan llevarte bien lejos. Y también estos brazos y estas manos, para que sean capaces de hacer y de coger muchas cosas...».

Aquel día, cuando su madre llegó a la barriga, Nura le preguntó:

—Mamá, ¿para qué sirve el ombligo? Ya sé que cuando estaba en tu barriga, de él salía el cordón que me ayudaba a crecer. Pero ahora... ¿para qué lo tengo?

—¡Oh, Nura... no sabes lo contenta que estoy de que me hayas hecho esta pregunta! Llevaba tiempo esperándola...



Nura se la quedó mirando con los ojos como platos, sin entender nada.

—El ombligo es donde guardamos el secreto más bonito y entrañable.

—¿Ah, sí? —dijo Nura—. ¿Qué secreto?

—El del hilo invisible.





Nura estaba sorprendida. Nunca se habría imaginado que el ombligo albergara algún secreto. Lo veía tan pequeño que pensaba que en él no podía haber nada. Pero guardó silencio porque en aquel momento lo único que quería era saber cuál era aquel secreto tan bonito y tan bien protegido.



Su madre continuó:
—Del ombligo salen hilos invisibles que nos unen a las personas y a los animales que queremos, más allá del tiempo y del espacio. ¿Sabes qué significa esto? Pues que tú y yo estamos unidas a pesar de que tú estés en el colegio y yo en el trabajo.

»Que yo estoy a tu lado, aunque no me veas, y que tú estás conmigo, aunque no pueda tocarte. Porque de tu ombligo sale un hilo invisible hacia el mío y al revés. Estamos conectadas siempre.

—¿Siempre?



—Siempre. Cuando todavía no estabas en mi barriga, yo ya te quería, te hablaba y te explicaba que podías llegar cuando quisieras, que te estábamos esperando. El hilo invisible ya me unía a ti y eso que aún no te conocía.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Todas las noches, antes de acostarme, te decía: «Buenas noches, tesoro», y sabía que, algún día, te podría bañar aquí mismo, como estamos haciendo ahora.



Nura se quedó muy impactada. Aquella tarde no se quejó mientras su madre la peinaba y tampoco cuando le secó el pelo. No podía parar de tocarse el ombligo imaginándose cuántos hilos invisibles debían de salir de un punto tan pequeño: uno para mamá y otro para papá, porque los quería un montón. Pero también otros que iban hacia los abuelos y los tíos y los primos y su amiga Blanca, e incluso hacia Pablo, aunque a veces le hiciera la vida imposible.

Al cabo de un rato, cuando ya estaba en la cama, Nura dijo:
—Mamá, pero si no puedo tocar ni ver el hilo, ¿cómo puedo saber que es de verdad?

—Nura, existen muchas cosas en esta vida que no se pueden ver ni tocar, y que a la vez son tan de verdad como que ahora tú y yo estamos aquí...

—¿Qué cosas?



—Por ejemplo, el amor. Lo que yo siento por ti no se puede tocar ni ver con los ojos, pero existe, más fuerte y vivo que nunca. O el olor de la menta de casa de la abuela que tanto te gusta. No se ve ni lo puedes tocar, pero está ahí, ¿verdad?



»O la felicidad, la amistad, el miedo, o un escalofrío, o el ruido, o el silencio, o el sabor de las cerezas acabadas de coger... Hay tantas cosas... El hilo invisible es una de ellas.

Mamá tenía razón. Nunca se había parado a pensar en las cosas que no se veían ni se podían tocar, pero ahora le parecía que había muchas. Entonces, en silencio, pensó en el perro que hacía mucho tiempo que pedía a sus padres. Cerró los ojos con mucha fuerza, se llevó la mano al ombligo y dijo susurrando para que la madre no la oyera: «Buenas noches, Floki».



Sentía que con ella estaban papá y mamá y Floki y la abuela y el abuelo Josep, y tantos otros. Se sentía segura y acompañada.

Y todas las noches sin excepción, cerraba muy fuerte los ojos, se tocaba el ombligo y recitaba las mismas palabras: «Buenas noches, Floki», y lo sentía muy cerca de ella.



Al día siguiente por la mañana se levantó muy contenta. Era como si de pronto ya no temiera separarse de sus padres para ir a la escuela, como si el día fuese más luminoso, como si todo fuese más bonito y agradable.

Aquel día y todos los que le siguieron, cuando papá le decía «adiós» al dejarla en clase y le daba un beso en la mejilla, Nura le susurraba al oído: «Tranquilo, estamos conectados por el hilo invisible. Hasta luego, papá».





Un día, durante el recreo, Nura estaba jugando a piratas con Jan y Lia, y de pronto vio a un niño solo que estaba llorando con los ojos clavados en la reja de la puerta. Nura dejó a sus amigos y se acercó al niño sin pensárselo dos veces.

—¿Qué te pasa?

—Quiero estar con mi mamá.

—¡Oh! Eso significa que todavía no sabes el secreto que guarda el ombligo.

El niño la miró extrañado y dejó de llorar.

—Siéntate, que te tengo que explicar una cosa muy importante. Sabes que en la barriga tienes un ombligo, ¿verdad? —El niño asintió—. ¿Y sabes para qué sirve?

—No.

—Pues resulta que del ombligo sale un hilo invisible que te conecta a tu mamá. Y a tu papá y a tus hermanos y hermanas, si es que tienes. Estáis siempre juntos, aunque ellos no estén contigo.

—Yo no tengo ningún hilo.

—¡Pues claro que lo tienes! ¡Como todo el mundo! Lo que ocurre es que es invisible y no lo puedes ver ni tocar.

—Y ¿por qué es invisible?





—Hombre..., piensa un momento. Si no fuese invisible, tropezaríamos con los hilos de los demás y no podríamos ni caminar. ¿Te lo imaginas? Mira el patio. De cada niño salen muchos hilos invisibles de su obbligo hacia las personas que quieren... No podríamos ni jugar.



»¿Y los coches? ¿Te imaginas? ¿Cómo lo harían para saltar los hilos? ¿Y los aviones? ¿Cómo podrían despegar con gente dentro si los hilos no fueran invisibles?



»¡No podrían! ¡Sería imposible! ¡Ja, ja, ja! ¡Y muy divertido! Las puertas no podrían cerrarse nunca y nos molestaría una barbaridad para dormir boca abajo.



»Y cuando fuésemos a la piscina, sería muy raro ver salir hilos de las barrigas. Los dos se echaron a reír.



—¿Lo ves? Por eso es invisible. Pero existe, créeme. O sea que, cuando eches de menos a tu mamá, tócate el ombligo y sabrás que ella está contigo y tú con ella. ¿Vale?

—Vale. ¿Se lo puedo contar a mi hermana pequeña?

—¡Pues claro! A quien quieras.

El niño sonrió y se unió al juego de piratas.

Unos días después, la abuela Rosa fue a recoger a Nura a la escuela.

Era la tarde de la semana que pasaban juntas: merendaban en la granja del barrio y jugaban casi todo el rato a juegos de mesa.





Cuando llegaron a casa y se sentaron en el sofá para pensar qué hacer aquella tarde, Nura dijo de pronto:

—Abuela, sé que un día te morirás, pero ya no me da miedo ni estoy triste.

—¡Oh, Nura! Esto solo quiere decir una cosa... Que ya te han contado el secreto que guarda el ombligo, ¿verdad? ¡Estoy muy contenta!

Nura puso cara de sorpresa.

—¿Acaso tú también lo conoces?

—Pues claro. En la familia, todos lo conocemos. Solo faltabas tú.

—Pero... —Nura se encogió de hombros—
lo único que lamento es que no podré verte.
—Lo sé, yo también lo lamento, pero podrás tocarte
el ombligo cada vez que me necesites y explicarme las
cosas que te preocupan, porque yo estaré al otro
lado del hilo, escuchándote y enviándote energía.
Igual que, cuando tú todavía no estabas en la
barriga de mamá, yo ya te sentía cerca de mí,
y te decía palabras cariñosas, y te quería infinito.



»Y ¿sabes qué? Yo reiré contigo cuando rías, porque el hilo se moverá y me hará cosquillas a mí también. Y cuando juegues a la oca me notarás a tu lado, porque a través del hilo sentiré el dado y me pondré muy contenta.



»Cuando pases por delante de la granja donde hemos estado hoy, o tomes una taza de chocolate caliente, yo estaré en aquel lugar, en aquel sabor y en aquel olor, porque el hilo me habrá estirado hasta allí.

»Porque estamos conectadas, Nura, desde antes de que nacieras y también después de que yo no esté aquí con este cuerpo que ves ahora. El hilo invisible nos conectará siempre a ti y a mí, y eso hace que yo tampoco tenga miedo ni esté triste, pues sé que podré estar siempre con vosotros, pase lo que pase.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, Nura, y yo a ti.





Se abrazaron muy fuerte, y aquella tarde jugaron y rieron como nunca.



Por primera vez, a Nura ya no la entristeció mirar las arrugas en la cara de la abuela, porque ya no la asustaba pensar en el paso del tiempo. Sabía que la abuela, con o sin arrugas, estaría siempre con ella.

Pasaron unos meses, y, un día, mientras Nura estaba dibujando en su habitación, oyó que sus padres la llamaban: —¡Nura!, ¿puedes venir al comedor? ¡Tenemos una sorpresa!

Nura se levantó de golpe y fue corriendo al salón. Y entonces vio a los pies de sus padres un cachorrito precioso que la miraba moviendo la cola.

El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle con fuerza, y sintió que las piernas le flaqueaban de tanta felicidad.

Entonces el padre le dijo:
—Nura, ahora tienes que pensar cómo vas a llamarlo.



Ella se agachó, emocionada, le acarició la cabeza con ambas manos y dijo:

—Hace tiempo que tiene nombre, ¿verdad, Floki? Bienvenido a casa. Te estaba esperando.



**Nura ha descubierto el secreto que guarda el ombligo.
Ahora ya sabe que de él sale un hilo invisible que la une
a todas las personas que más quiere: su madre, su padre,
sus abuelos, sus tíos, sus primos, sus amigos.**

**Nunca más tendrá miedo cuando no estén con ella
porque sabe que a través de ese hilo está ligada a ellos
más allá del tiempo y del espacio
¡y que estarán conectados para siempre!**

**Un cuento sobre los vínculos que nos unen con quien
más queremos, y sobre cómo a menudo las cosas más
importantes son las que no se ven.**

